



Santiago Auserón con el compositor Enric Palomar (a su dcha.) y rodeado por los miembros de Taller de Músics en la playa de la Barceloneta, Barcelona.

ENTREVISTA | SANTIAGO AUERÓN

«Nos estamos comiendo mentiras como realidades y eso despista nuestra mente»

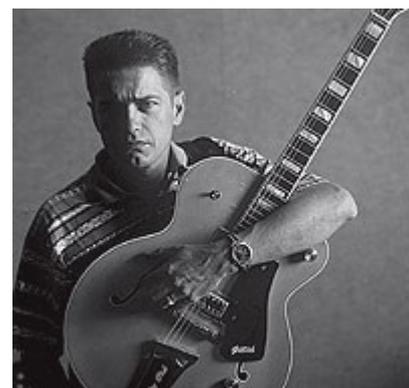
Nos encontramos al final de la Rambla. Bueno, no exactamente, al final tirando a la izquierda. Auserón (Zaragoza, 1954) tiene en Barcelona su segunda residencia o primera, según se mire, porque el proyecto que presenta estos días en directo, esa revisión en clave de swing de los temas de Radio Futura y Juan Perro, a cargo Enric Palomar y el Taller de Músics, le hace estar más tiempo en la Ciudad Condal que en Madrid.

Estamos en territorio Auserón. En los soportales de debajo de su casa, en pleno centro de Barcelona. Pero, con él al lado, da la impresión de estar en un pueblo.

En un banco de la Plaza Mayor, por donde pasan los lugareños a los que Santiago saluda con esa cercanía que sólo da el contacto cotidiano y una amabilidad natural genética, imposible de aprender ni de imitar. Tiene la palabra adecuada para cada uno y todos siguen su camino sonriendo.

Ese don quizá venga de la infancia, de esas mudanzas frecuentes que llevaban a la familia Auserón de una ciudad a otra, según las obras de su padre, que era ingeniero. Y también, pensándolo bien, tiene mucho que ver con su poética que, ya en Radio Futura y después con Juan Perro, conseguía plasmar el ambiente del pueblo, el tipismo de la España rural, en canciones con un envoltorio innovador.

Quizá esa naturalidad para crear un lenguaje propio de trovador eléctrico con color rural y su lucha por crear veredas propias (aunque eso le cueste fama y dinero) sean los dos rasgos que mejor definen a este músico. Esa estrella de rock a la que pocos han perdonado haber estudiado Filosofía (y que se le note), el autor de canciones de



El músico zaragozano a comienzos de los 90.

nuestro imaginario colectivo.

En su empeño por preferir el camino del laberinto antes que la línea recta, este verano se ha saltado las reglas de reunirse con su hermano Luis Auserón y Enrique Sierra para desempolvar las canciones de Radio Futura, como dictarían las normas de la economía y la mercadotecnia.

«Reunir a Radio Futura sería», explica, «una solución de negocio estupenda para ganar mucho dinero y retirarnos, pero es que no queremos retirarnos. Estamos cada uno con sus ensueños y sus proyectos. En mi caso, con asuntos que me parecen mucho más interesantes como éste en el que se unen los repertorios de Radio Futura y Juan Perro, dándoles una identidad unitaria, desde la visión del compositor Enric Palomar».

Pero esto no es nuevo en Auserón. A principios de los 80 se negó a caminar por el lado más cómodo y convertirse en un ídolo de fans y, años después, cuando él y sus compañeros de Radio Futura estaban en lo más alto de su carrera, también decidieron abrir la puerta trasera y largarse, disolver el grupo y, en el caso de Santiago, acercarse a los ritmos cubanos, algo que pocos esperaban de él.

P. Ya que hablamos de la no reunión de Radio Futura y después de 15 años de su disolución, ¿puede explicar por qué se separaron? Porque nunca se ha sabido la razón exacta, si es que la hubo.

R. Hubo muchas razones, pero creo que una esencial. Llegó un momento en el que nos dimos cuenta de que nos estábamos olvidando de cuáles eran las razones por las que nos habíamos arriesgado a dejar el camino –que parecía impuesto– para escoger el de la música.

Las razones de Enrique Sierra para irse del drugstore donde trabajaba con su padre, las de Luis Auserón para abandonar la Escuela de Arquitectura y meterse en un local de ensayo y mis razones para no estudiar Ingeniería sino Filosofía y luego dejar el doctorado para hacer Radio Futura.

Todos teníamos los mismos motivos que eran adueñarnos de nuestro tiempo y disfrutar con nuestro trabajo. Una de las razones por las que se separó Radio Futura fue porque estábamos corriendo el riesgo de convertirnos en oficinistas de la música.

Como decía Baudelaire: «Hay que trabajar, si no es por gusto al menos por desesperación, porque trabajar es menos aburrido que divertirse». Si cada trabajador de este mundo dijese: «Nadie me va a amargar no ya mi tiempo de ocio, sino mi tiempo de trabajo», todo sería distinto.

P. Pero esa actitud de tomarse de manera profesional la música le ha costado muchas críticas a lo largo de su carrera. La palabra que siempre usan sus detractores contra usted es «pretencioso»...

R. Sí, soy consciente de ello y ahora, ya ni le digo, con este proyecto en el que el compositor Enric Palomar afirma que ha pasado los temas de Radio Futura y Juan Perro por la tradición de Manuel de Falla o de Ravel...

Pero sí, para nosotros desde el principio el trabajo ha sido muy importante. Provenimos de una clase media trabajadora y hemos estado tocados del ala por las vanguardias, que antes sólo pertenecían a la alta burguesía y la aristocracia y que nosotros sabíamos que sólo podíamos alcanzar con trabajo.

Respecto a si somos pretenciosos, creo que hay que distinguir entre ambicioso y pretencioso. Se puede ser ambicioso con los sueños, con el arte, decir: «Quiero igualarme con los míos y ¿quiénes son los míos? Los que me gustan, los que me hablan a través de un libro o una música y quiero parecerme a ellos».

Y en ese sentido, las nuevas generaciones de la música española tendrían que ser más ambiciosas. Aunque lo cierto es que no es sólo culpa suya porque actualmente no hay sitio para la música en la que prime la creación.

P. ¿Puede deberse a que desde algunos sectores musicales se ha potenciado el amateurismo?

R. Sí, claro, en eso hemos chocado nosotros con muchos grupos y medios de nuestra generación y posteriores. Nosotros siempre hemos querido ser profesionales. Sonar como los de fuera. Llegar al Rockola [local de conciertos en Madrid, cuyo apogeo sobrevino con la Movida] y sonar como el grupo extranjero que llegaba allí y partía el bacalao.

Y ensayar el tiempo que hiciera falta y vivir de esto. Pero sí, dentro de la escena indie hay un amateurismo que no conduce a nada. ¿Cómo quieres parecerle a ese grupo extranjero que te gusta sin hacer lo necesario para sonar como ellos, para inventar como ellos?

Yo les diría: ¿Por qué no sois mis maestros de una vez? Si no trabajáis duro, si no os peleáis por el salario pues perderemos de nuevo una generación y al final ¿qué? ¿Acabaráis en los despachos de papá otra vez?

P. ¿Tiene todo esto que ver con que haya recurrido a músicos de jazz, y no de rock, para reinventar su repertorio? ¿El futuro de la innovación musical pasa por el jazz más que por el rock?

R. Algo de eso hay. Además de todo esto que estamos hablando, el rock en España –como por una parte ha sido muy zancadilleado y ha tenido que saltar muchos obstáculos– no ha sabido ni ha podido crear un circuito duradero a lo largo de los años.

No hemos sabido asentar esa tradición de los 60. Sólo veo ese poso, esa identidad sólida, en algunos flamencos y en circuitos del jazz. El rock se ha estancando en la facilidad y le ha faltado conciencia de su propia misión en la cultura y en la sociedad españolas. Porque el rock tiene una misión poética que cumplir.

P. ¿Y Radio Futura sí fueron conscientes de que tenían esa misión y la cumplieron?

R. Creo que sí. No fuimos los únicos, por supuesto, pero podría decir que fuimos de los muy pocos que conseguimos aunar ese empeño por aportar algo nuevo, por crear nuevos caminos propios y conseguir que eso llegara al gran público. Hay grandes músicos y letristas que también lo han hecho, pero que se han quedado en lo más subterráneo porque están bloqueados por la actualidad, que no les deja aflorar.

P. ¿Se refiere a algunos medios de comunicación?, ¿a los que dicen que hay que potenciar la cultura más zafia porque eso es lo que quiere el pueblo?

R. Sí, claro, y esa es una fórmula falsa y muy peligrosa. Se ha engañado a la gente a través de la televisión diciendo: «Ponemos esto porque es lo que os gusta». Y no es así. En la escuela nos enseñaban que somos animales y racionales... Entre esos dos polos, existen una amplia gama de matices.

Lo que sucede es que el prime time o la primera página están condicionados por una serie de rentabilidades, por una serie de compromisos preestablecidos que responden a unas carreras, fortunas y grupos de poder determinados.

Y todo ese peso influye en el presentador o el periodista que tiene que conseguir un nivel de audiencia inmediata. La gente, si oye un griterío, instintivamente piensa «alguien se está pegando». Mira a la pantalla y además se quiere enterar de por qué se están pegando. Resulta adictivo, como una droga.

P. Entonces, por esa regla, el nivel de tolerancia cada vez va a ser mayor. ¿Cuál cree que puede ser el futuro de todo esto?

R. Oscuro, un porvenir oscuro. El problema no es que haya reality shows sino que son fingidos, no son reales. Nos estamos comiendo mentiras como realidades y eso despista nuestra mente, nos confunde. Insisto en la necesidad de la música como salvación, para excitar capas del córtex un poco más interesantes. Ya lo dijo Lorca: «La mejor concepción posible de las Españas es la de un mapa musical», y lo dejo ahí para el que lo quiera entender.

P. Hace 10 años declaró que no se estaban sentando unas bases culturales sólidas que ayudaran a que pudiéramos ser receptivos a lo nuevo, a la experimentación, y que eso influía en que se estuviera creando una generación de jóvenes conformistas, que eran el sustrato de la nueva derecha. Ahora, pasado el tiempo, ¿cree que tenía razón?

R. A mí hoy me sorprende mucho encontrar a jóvenes estudiantes o trabajadores que tienen la misma mentalidad que yo a su edad. Y en lugar de oponerse a un régimen dictatorial como hacíamos entonces, en la actualidad votan a la derecha y se quejan de la política «izquierdosa», dicen ellos, del PSOE.

Pero son jóvenes con los que se puede hablar, gente formada, culta... aparentemente muy parecida a lo que éramos nosotros, los que luchábamos contra el régimen de Franco, a finales de los años 70.

Y creo que es una generación que la izquierda ha perdido por no crear un horizonte ideológico, por no ilusionar con

unos proyectos, por no encontrar un camino intermedio entre las utopías y el pragmatismo extremo que tiene que acercarse a la política social demócrata o la política de derechas para poder llegar a gobernar.

P. ¿La música puede ayudar a paliar los conflictos que generan asuntos como por ejemplo el de la inmigración?

R. Por supuesto. El tema de la inmigración es una de esas cuestiones en la que necesitamos reformar las mentalidades a fondo, dejando a un lado si somos de izquierdas o de derechas. Y yo creo que los españoles podemos y debemos inventar fórmulas nuevas para conseguir esa integración y en la música está una de esas claves.

P. Pero ese era uno de los fundamentos de la world music y no está claro que hayan conseguido algo...

R. Es que el concepto de la world music es completamente erróneo. Es una manera de ejercer, por parte de la metrópolis anglosajona, un sistema de explotación suave y «humana» de la música de unas tierras de las que anteriormente habían abusado de una forma salvaje.

P. Y, ¿cómo hizo para no caer en ese error a la hora de acercarse a la música cubana como antólogo en Semilla del Son y como músico en sus discos de Juan Perro?

R. La relación que yo he mantenido con la música cubana y que España puede, por derecho, mantener, es una conexión de hermandad en la cual nos intercambiamos recuerdos familiares tanto de un lado como de otro. Es descubrir que tenemos familia negra y hay un intercambio de ida y vuelta, totalmente distinto a la relación de otras colonias como Inglaterra o Francia, que son las que han inventado eso de la world music.

P. Después del acercamiento a la música cubana y al jazz, ¿cuál es el siguiente paso?, ¿tiene en mente un nuevo disco, después de casi cinco años sin editar material nuevo?

R. No tengo prisa. Estoy preparando herramientas, energías, argumentos y no quiero desperdiciar ni una flecha. Quiero asimilar todo lo que he aprendido a lo largo de este tiempo. He tenido la suerte de conocer a El Guayabero, a Compay Segundo, a esos viejos soneros, perros antes que yo, que me han enseñado a apreciar la belleza mellada. Que me decían: «No arregles tanto la canción, déjala ir». Y estoy en ello. Tengo un montón de canciones empezadas, pero no me precipito, espero a que todas ellas me obliguen a terminarlas.

P. A usted, de anciano, ¿qué le gustaría ser?

R. Pues me gustaría tener el swing y la agilidad de los dedos de Compay Segundo y la conciencia de una tradición absolutamente depurada, de poder tocar con dos notas, de John Lee Hooker.

Toda la gira de Santiago Auserón en www.lahuellasonora.es

El reinventor Enric Palomar (Badalona, Barcelona, 1964) es una pieza esencial en este nuevo proyecto donde se reinterpretan clásicos de Santiago Auserón como «Anabel Lee», «La negra Flor» o «Charla del pescado».

Él es el arreglista (o reinventor) de los temas que interpretan el autor y la Original Jazz Orquesta Taller de Músics. Con una reconocida trayectoria dentro de la música clásica contemporánea, reconoce su admiración por esas canciones.

«Me dejé guiar», explica, «por la poética de Auserón. Él crea un lenguaje propio donde el trovador eléctrico y urbano se une con la tradición popular española. Pensaba que había que romper prejuicios y equiparar esas composiciones a las de Falla o Ravel. Él entronca con esa tradición 'hispanizante', que no españolista»